

El color del futuro

Enrique del Risco

Cierto día, digamos un jueves por la mañana, un joven y humilde camaleón decidió que a partir de aquél momento su piel no adoptaría el color del lugar en que se hallara. Así, sin otros motivos que los que su conciencia le suministró, renunció a la propiedad que más distingue a un camaleón de otras especies y menos de su entorno. Hastiado de tanta hipocresía y doblez moral, según declaró, en lo adelante se empeñaría en recalcar sus diferencias con la realidad. Si, por ejemplo, se hallaba sobre un fondo verde, volvía-se rojo; negro, si lo rodeaba el azul o a cuadros si se movía por una superficie a rayas.

Esto, créanme, le complicó la vida al punto de verse obligado a huir constantemente de aquellos que, en circunstancias normales, lo hubiesen tomado por un trozo de césped o una ramita. Fue una fortuna que al poco tiempo le diera por escribir versos de tal suerte que, tras alguna difusión de su obra, los más sagaces especialistas en la caza del camaleón no lo veían ya como tal sino como todo un poeta.

En el presente es de admirar el sosiego del poeta cuando aun luciendo el color que más desentone con sus alrededores se atreve a recitar frente a sus peores enemigos, poemas en los que predice un futuro en que el mundo cambiará de color según la piel de los camaleones y no al revés como hasta ahora viene sucediendo.

